

Capítulo de regalo de *La vida en un hilván*

Sobre la silla está dispuesta la ropa; toma el fondo, lo pasa por la cabeza, mete un brazo, el otro, y lo deja deslizarse por su cuerpo. Se sienta sobre la cama para ponerse las medias, las sube poco a poco hasta las rodillas, se levanta, las jala para llevarlas a la cintura. Después la falda, larga por supuesto. Es blanca, del color de la pureza; así la eligió para esta ocasión. Se introduce en ella alisando el fondo con las manos para que no quede arrugado y sube el cierre. Continúa con la blusa, la abotona de arriba hacia abajo. Se sienta en la silla para ponerse los zapatos, negros, sin tacón; como todo, regalo de su madre. Por último, el saco, cruzado, de dos botones. Se dirige al baño; frente al pequeño espejo se cepilla el pelo. Aún siente que su mano termina demasiado pronto el recorrido de la raíz a las puntas. Se mira. Bueno, dicen que corto es más cómodo.

Pocos pasos la llevan al buró que, junto con la silla, el armario y la cama, es el único mobiliario de la reducida habitación. Toma los aretes, dos perlas pequeñas de cuando era niña, se los pone, hace lo mismo con una medalla de la Virgen de Guadalupe, regalo especial de su madre para este día. Ata la correa del reloj a su muñeca, ve la hora, aspira profundamente, cierra los ojos por un instante y al abrirlos expira, siente los latidos apresurados del corazón, idénticos a los de la novia que, con el ramo entre las manos, camina hacia el altar. Sus compañeras ya la esperan. Llegó el momento.

En la iglesia el aire es místico, el corredor, un camino franqueado por nardos blancos que mezclan su perfume con incienso ligero. Alrededor del altar hay jarrones dorados, llenos también de aromáticos nardos; forman un semicírculo, una

puerta de entrada para los elegidos. Las bancas están aún vacías. No habrá mucha gente, los familiares más cercanos, las compañeras.

Los padres de la otra joven que va a hacer votos entran. La mujer, con mirada nostálgica, acaricia la mejilla de su hija, el padre se mantiene a distancia. Una religiosa saluda, buenas tardes. Serán para ustedes, responde el hombre con brusquedad. La joven baja la mirada, la madre traga saliva, toma aire y responde en un tono apenas audible, buenas tardes.

Mamá, saluda sonriendo Lucía y camina a su encuentro, se abrazan hasta tocarse el corazón, llenándolo de ese contacto físico que, las dos lo saben, van a extrañar. Estoy muy contenta, Lucy, vas a ser feliz estando tan cerca de Dios, estoy segura que vas a serlo. Ahí viene mi papá. Con un guiño que demanda entendimiento, Lucía se desprende de su madre, la mira entrar al recinto para ocupar una de las primeras bancas que no se encuentran acordonadas.

Papá, cómo estas, no sabía si ibas a venir. Cómo no, aunque entiendo que lo dudarás. El hombre le toma las manos a la hija, mira al piso, levanta la cara mordiéndose el labio inferior. No he estado muy presente en tu vida, eso lo sabe todo el mundo, tal vez esto sea bueno para ti, pero no puedo dejar de preocuparme por tus estudios, por que vayas a la universidad para que tengas una carrera. Es tarde para decirlo ¿verdad? Esta es ahora mi carrera, mi vida, le responde Lucía.

El repicar de la campana capta la atención de todos. Lucía mira su reloj, dos minutos para las seis, con la cabeza ladeada levanta los hombros, abre los ojos como pantallas sin imagen en las que los créditos de los actores acaban de desaparecer; es ahora una nueva película la que va a iniciar. Dibuja una leve sonrisa

como despedida a su padre, quien la ve perderse por una pequeña puerta en la que no había reparado, a un lado de la entrada a la Iglesia.

La gente ocupa su lugar en las bancas, en las primeras filas sólo mujeres, no uniformadas pero sí uniformes: cabezas de pelo corto, vestimentas neutras, caras pálidas en actitud de sumisión. Detrás, color, hombres y mujeres, padres, hermanos; variedad de rostros con igual variedad de expresiones, apatía, sonrisas, consternación y hasta el rictus de una furia controlada.

Empieza una melodía suave, cantos gregorianos mezclados con los rayos de luz multicolor que filtran los vitrales llenos de figuras bíblicas; es como una máquina del tiempo detenida en un espacio indeterminado por el que desfilan jóvenes silenciosas, señoritas aseñoradas, mujeres intemporales que hoy se exilian del mañana.

Las jóvenes se acomodan dentro del semicírculo de nardos, de pie esperan que cese la música para oír las palabras del sacerdote. Éste, con las manos juntas recargadas sobre el vientre, avanza hacia ellas, abre los brazos para recibirlas en su nueva vida. Hoy es día de fiesta, estamos aquí reunidos para celebrar el sí de estas mujeres a nuestro Señor, el deseo de servicio y entrega, tan ausentes en nuestros días. El Señor se regocija y las acoge en su seno. Vamos a dar inicio a la celebración de la palabra. El sacerdote camina hacia el altar, se coloca detrás de él y con la mano en alto empieza: en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Tú, caminando por ese pasillo. No sabías, todavía no sabes, hacia dónde ibas, a dónde vas. Por lo pronto a la oficina. El tiempo pasa tan rápido; ahora es todo tuyo, tienes que aprovecharlo.

Cuando la luz del semáforo cambia a verde, Lucia sale de sus pensamientos, vuelve a la realidad, al auto de enfrente que ya avanza, a los niños con cajas de chicles que suben corriendo al camellón. Coloca la palanca de velocidades en primera. Conduce un vehículo nuevo, otro regalo de su madre, artefacto útil para movilizarse en la ciudad y en el tiempo de sus memorias. El celular timbra, es una tonada incesante, sin respiros de silencio. Antes no sonaban con tanto apremio, antes no eran comunes, piensa Lucia con la mano derecha en el interior de su bolsa para localizar el aparato que sigue compitiendo con los acordes del radio. Es su jefe. Sostiene el receptor con el hombro para bajar el volumen de la música. La reunión del patronato se cambió a la tarde pero la espera en la oficina para afinar algunos detalles. Él es buena persona, fue suerte que consiguieras este trabajo, pensaste que no iba a ser fácil sin los estudios que tanto preocuparon a tu padre. No te pagan mucho pero las cosas son diferentes ahora, en el banco de alimentos estás bien. Si alguien supiera. Sí, nadie sabe del sabor salado y húmedo de sus noches, de la obscuridad que, en el ocaso de cada día, fue adhiriéndose a su alma, nublándola, empañando la luz del amanecer. Lo desconocen porque Lucía no hablará de ello jamás. En el poco tiempo que lleva de haber regresado, se está acostumbrando a enfrentar preguntas que esquiva con el decoro de respuestas imprecisas y cautelosas, o llanas y contundentes cuando se siente presionada; van desde frases trilladas como, “no era mi camino” o “fue un tiempo de aprendizaje”, hasta un

categorico, “no me gusta hablar de eso”. En cualquier caso, la curiosidad natural del mundo queda insatisfecha y se excitan imaginaciones suspicaces.

La despierta el timbre del teléfono, abre apenas un ojo, mira el despertador, las ocho, en su cabeza intenta localizar el día de la semana, ¡domingo! El teléfono vuelve a sonar. ¿Bueno? Abuela. Sí, me acuerdo de la comida. Está bien, vamos a misa, de regreso compramos el postre. Un beso, nos vemos al rato. Cuelga el auricular, se acomoda sobre un costado, jala las sábanas, se cubre los hombros. Ya podía haberte llamado más tarde, bueno, tampoco ibas a dormir mucho más, estás acostumbrada a levantarte temprano, las ocho de la mañana ya es un lujo. Acuérdate de todas esas mañanas de estrellas brillantes en las que tenías que saltar de la cama sin un solo segundo para la pereza y el tiempo contado para dejar tu cuarto recogido antes de salir. Lucia mantiene la cabeza sobre la almohada, con las manos acaricia la funda tersa y tibia, se entrega al calor de la cama que la cobija. Suspira. Mira una vez más la hora en el despertador, cierra los ojos. La calidez de la cama traspasa sus poros y la inunda de una sensación de calma en la que toda urgencia ha desaparecido.